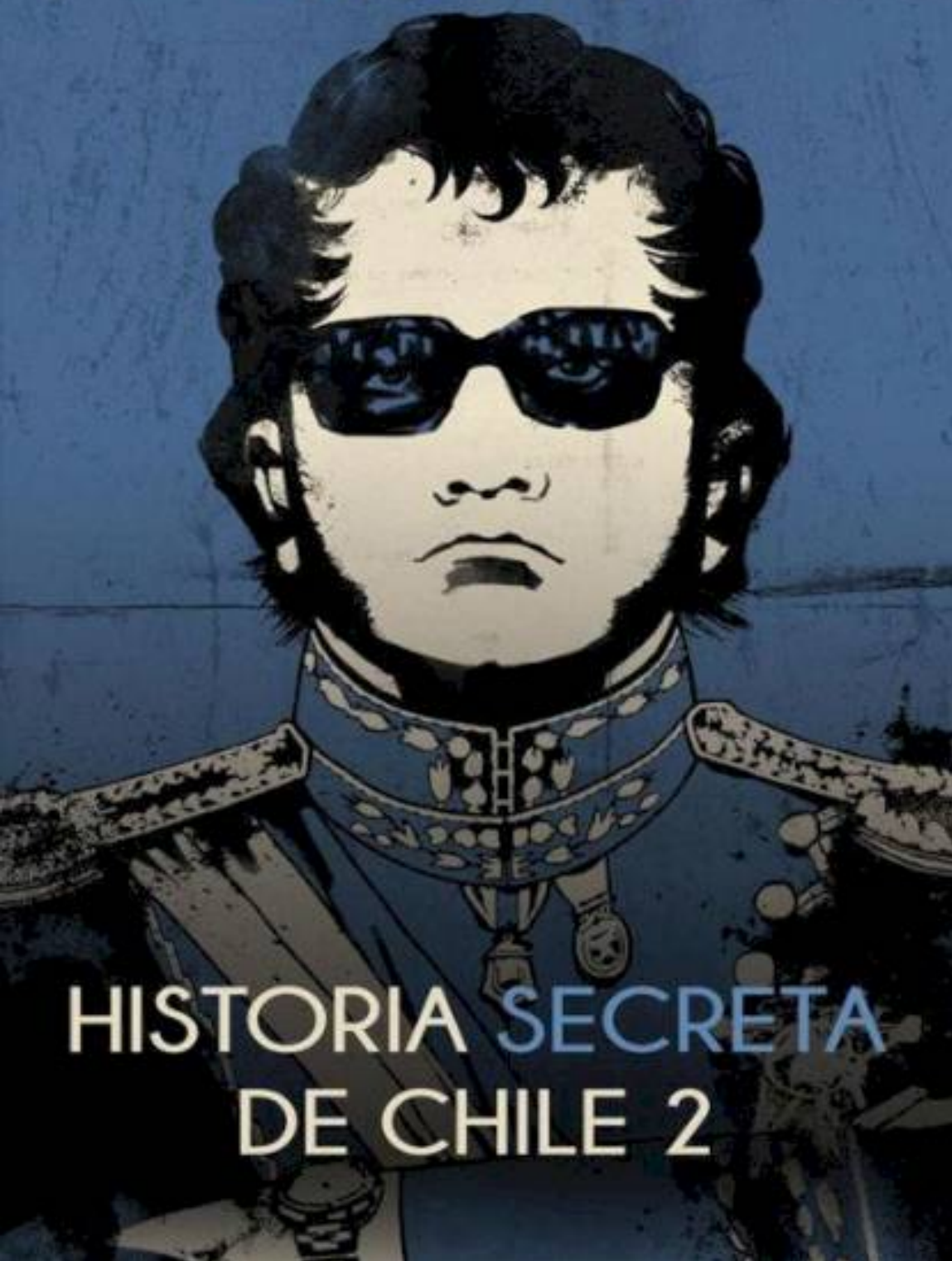


JORGE BARADIT



HISTORIA SECRETA
DE CHILE 2

Índice

- Cubierta
- Prólogo
- ¿Es Bernardo O'Higgins el libertador de Chile?
- Terremoto de 1960, un sacrificio humano en Puerto Saavedra
- El Estado chileno persiguió brujos en Chiloé
- ¿Hubo un Movimiento Nacional Socialista en Chile?
- Los símbolos de poder chilenos
- ¿Quién es el niño del cerro El Plomo?
- La Primera Guerra Mundial también se peleó en Chile
- La niña de Portales
- El Estado chileno autorizó zoológicos humanos
- Pinochet no fue el líder del golpe
- Bibliografía
- Invitación
- Créditos

Con ley o sin ella, esa señora que llaman la Constitución hay que violarla
cuando las circunstancias son extremas.

DIEGO PORTALES

Solo un régimen autoritario... que no represente a la mayoría sino a los mejores,
puede implantar orden, jerarquía y disciplina.

JORGE HÜBNER,
diputado de la República por
Santiago Centro (1961-1965)

La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da
armas para que cometa la bajeza de abusar de esas ventajas ofendiendo a los
ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La patria no es abrigadora de crí-
menes.

JOSÉ DE SAN MARTÍN

PRÓLOGO

De algún modo, un país es como una persona: tiene identidad, memoria, dolores y esperanzas. Cualquier sicólogo te dirá que para alcanzar la sanidad mental, una persona debe evitar esconder aquello que odia de sí misma, y menos olvidar y enterrar esos hechos traumáticos que la marcaron. La sanidad se encuentra abrazando luces y sombras, reconociendo los propios errores, asumiendo culpas y abriéndose a la pena y el perdón. Si no, surge la neurosis o, peor aún, el riesgo de caer en el ciclo enfermo del desmemoriado que tropezará una y otra vez con la misma piedra.

Si esto es así, Chile necesita un sicólogo con urgencia.

La historia que nos contaron en la escuela hace veinte o treinta años está plagada de omisiones y tergiversaciones acomodaticias, que esconden lo inconveniente y pulen lo demás como un pedazo de mármol muerto e inamovible.

Pura esquizofrenia.

Recuerdos incompletos.

Aparte de las simplificaciones torpes y los afanes pedagógicos moralistas, este país pequeño y joven que se encontró de pronto con su independencia caída del cielo, a raíz de un hecho fortuito en Europa, necesitó con urgencia un relato que lo cohesionara y le diera un esbozo de identidad, uno lindo y positivo, un cuento de hadas con el que nos sintiéramos cómodos. El Estado de Chile, los planes de

estudio de antaño, medios de comunicación sesgados y los intereses de cierta élite de imponer su visión fueron los responsables de ir diseñando un relato de corte mítico y heroico lleno de superhéroes inmaculados, gestas épicas y catástrofes de las que surgíamos «siempre vencedores y jamás vencidos», pero a la vez escondiendo esos hechos oscuros donde no nos veíamos tan amables, metiendo bajo la alfombra las bestialidades, los motines, las decenas de golpes de Estado, las más de veinte masacres cometidas por las autoridades contra su propia gente: el historial de injusticia y muerte que cuelga desde el costado del país.

Otro objetivo al omitir esos pasajes es proteger las instituciones. Este es un país legalista que cree que sus instituciones son la patria y están por encima de las personas, como si fueran los muros de una casa los que construyen el hogar y no su familia. No entienden que proteger las instituciones no significa esconder sus pecados. Como si esconder a sus torturadores, sus corruptos y sus pedófilos los hubiera llevado a algún lado.

En ese sentido, este libro no busca reemplazar ningún discurso porque no tiene la autoridad para ello, sino indicar que a la gente como nosotros nos faltan piezas para terminar de armar ese rompecabezas donde se va a dibujar la cara de quienes somos. Este libro se cimenta sobre el trabajo de muchos que investigaron y revisaron las fibras de nuestra historia cuidadosamente, es de ellos el mérito. La bibliografía de este volumen es además de un homenaje una lista de lectura sugerida.

Los historiadores chilenos han producido una amplia gama de grandes trabajos e investigaciones, arrojando diferentes puntos de vista sobre quiénes hemos sido en este

corto camino. Ellos reconocen que no han habido tantos mecanismos de divulgación exitosos orientados a la gente. Esto hace que la gran versión circulante de nuestra historia sea la sesgada y construida por la élite dominante. Es ahí donde se ha producido la instrumentalización, el cálculo político y la omisión, mutilando la historia y convirtiéndola a veces en un manojo de relatos patrioterros y adoctrinamiento funcional a sus intereses. Es por esto que la gente de nuestra edad no se enteró en las aulas de la masacre de obreros en la escuela Santa María sino a través de un músico, Luis Advis; o de la explotación salvaje de los mineros del carbón sino por un escritor, Baldomero Lillo; o de la opresión al pueblo mapuche sino con las canciones de Violeta Parra. Es por esta visión sesgada que le ha llegado históricamente a la gente que hablamos de *posesión* de Isla de Pascua y no de *colonización*; es en ellos donde se hablaba de *pacificación* de la Araucanía para referirse al proceso de invasión, masacre y saqueo al pueblo mapuche; es en esa visión oficial donde se rechazó hablar de genocidio selk'nam por los efectos que podría traerle al Estado en términos de reparación a sus descendientes. Es en esa fragua donde se tergiversa a los próceres para convertirlos en vehículos de valores funcionales a los objetivos de la élite, y un Arturo Prat, progresista y laico, termina convertido en un santo emblema de los conservadores católicos; o se les desactiva, como a esa lesbiana, moderna y feroz crítica de la explotación del hombre por el hombre, Gabriela Mistral, reconvertida en una viejecita compositora de rondas infantiles. Todo para blanquear y proteger las instituciones y a la clase productora, orientar el relato según su conveniencia.

Y fue así como hablar de lo mal que nuestras institucio-

nes, algunos héroes y prohombres pudieron haberlo hecho a lo largo de nuestra historia se volvió equivalente a atentar contra el proyecto nacional, una forma de traición. Y es así como tuvimos que cantarles himnos, desfilar o celebrar nombres que no podían ser cuestionados; transitar por calles que llevan nombres de asesinos y explotadores, la mayor parte de las veces sin saberlo. Porque no es conveniente enterarse, porque *para qué revivir el odio*.

Por supuesto que ha habido avances en las últimas décadas, en los primeros años del 2000, incluso en las reformas del año 2013, cuando se buscó ajustar los contenidos y ampliar la visión hacia un ángulo más inclusivo dentro del contexto mundial. Pero hablo por las omisiones que flotan en el grueso de la población que no ha accedido a esos cambios, aún incompletos.

Priman los nombres de los vencedores, porque desde los inicios se ha vivido una guerra sorda y desigual en nuestro territorio. Una pugna entre un grupo con necesidad de reformas y otro empeñado en bloquearlas. Entre un pueblo que busca su dignidad y la respuesta violenta de un Estado al servicio de la élite, una y otra vez. Porque desde la génesis misma de ese Estado resuena la voz de Diego Portales insistiendo en que en Chile la legalidad puede y DEBE ser quebrada si está en juego la *estabilidad*. Esa idea ha legitimado matar a miles de chilenos a lo largo de nuestra historia en nombre de la *estabilidad* necesaria para producir.

La *estabilidad*, esa palabra. Como el *orden*, que menciona el historiador Gabriel Salazar en sus trabajos.

Chile y sus permanentes terremotos deben estar en la base de ese profundo amor por la estabilidad que profesa nuestra élite. Cuando nos repiten hasta la náusea «Chile es

admirado en el extranjero por su estabilidad», se refieren a la estabilidad para los negocios, mantenida muchas veces a través de la violencia contra su propia gente.

Porque Diego Portales era básicamente un comerciante enojado que quería que lo dejaran hacer negocios en paz y su gran idea fundacional, la que pende sobre la cabeza de los chilenos desde entonces, es que se necesita orden para producir aún por encima de los derechos civiles de las personas. Idea que ha legitimado la explotación del hombre y la naturaleza de maneras irracionales. A fines del siglo XIX, el diputado Manuel Antonio Matta rechazó un proyecto de ley sobre cierto tipo de trabajo en las minas porque, según él, afectaría a las familias más pobres. «El salario que estos ganaban constituía un recurso del cual NO ERA JUSTO privar a sus familias», explicó en el Parlamento. Ese proyecto de ley era sobre trabajo infantil.

Pero estar a favor de los derechos civiles no es estar en contra del crecimiento. Aunque nos hayan dicho que son contrapuestos a lo largo de toda nuestra historia, son compatibles. Solo la avaricia extrema que nos posee es incompatible con el respeto a las personas, y se han usado todas las herramientas para imponerla.

En el libro anterior lo comentábamos: nuestros uniformados han matado a más chilenos que a soldados extranjeros, porque han estado más cerca del Ministerio del Interior que de la Cancillería, siendo garantes de esa *estabilidad* con la que tantas gárgaras hacen nuestras autoridades.

«¡Orden y Patria, por la Razón o la Fuerza!» parece ser nuestro único lema. El *orden del statu quo* que se opone al caos con que se identifica a cualquier movimiento que proponga algún cambio en las condiciones del contrato.

«Orden o caos» parecen ser las alternativas blanquinegras para un pueblo postergado e inquieto. Y así nuestra historia se vuelve pendular, viciosa; una especie de «día de la marmota», donde una y otra vez la gente se organiza para ganar dignidad en una partida de ajedrez en la que siempre pierde. Porque incluso cuando parece que va a ganar, el oponente simplemente se ha puesto de pie, ha pateado el tablero y le ha pegado un tiro como último argumento. Y vuelta a cero.

Porque cuando la élite chilena se ha visto amenazada en eso que llama «orden y estabilidad», tan conveniente para ella, simplemente ha exacerbado el miedo al caos en el corazón asustadizo de sus empleados, o ha complotado para producirlo artificialmente y legitimar el uso de la violencia para recuperar el control.

Chile-Sísifo.

Sendero inconcluso como su geografía que camina hacia el sur, hacia la *Terra incognita*, la luminosa Ciudad de los Césares, la utopía que de pronto le estalla en las manos en mil islas y esquirlas a la altura de Puerto Montt, y vuelta a Arica.

Porque la violencia no solo ocurrió en 1973, sino muchas otras veces a lo largo de nuestra historia y en diferentes magnitudes. En Santa María de Iquique, en la plaza de Antofagasta, en el puerto de Valparaíso, en terrenos de Forrahue, en Coyhaique, en Punta Arenas, en las salitreras La Coruña y San Gregorio, en los campos de Ranquil, en Puerto Montt y en muchos otros lugares que no quieren que recordemos. «Para qué reabrir viejas heridas», «por qué no dar vuelta la página», dicen, cuando nunca hay que dar vuelta la página hasta no haberla leído completa; siempre

que alguien te invita a mirar solamente hacia el futuro es porque algo tiene que esconder del pasado.

La historia está viva, no son momias secas colgando en algún museo. No es un conjunto de datos ajenos, es la sangre de nuestros antepasados. En tu ADN están los que subieron el morro de Arica muertos de susto y determinación, los que cabalgaron bayoneta en mano en Maipú, y esos que entraron a machetazos en los bosques vírgenes del sur del mundo cuando nadie sabía lo que había más allá de Aysén. En tu cuerpo está el cuerpo de los que se batieron en Placilla defendiendo a un presidente que quería que nuestras riquezas le pertenecieran al pueblo chileno, tragedia que también terminó en suicidio por un alzamiento militar; quizá tu sangre estuvo sobre la *Esmeralda*, bajo las rocas en Lota o como la mía, que vivió una vida de mierda en una salitrera cerca de Iquique a principios del siglo xx. Porque la historia es autobiografía. Nuestros abuelos abrieron la tierra para extraer piedra y semilla, o para enterrar a sus hijos. La historia de Chile es la historia de tu familia. Creo que de eso hablaba Allende en ese momento delirante en que las bombas caían y La Moneda estallaba en pedazos, cuando como un profeta, transmitiendo por teléfono y onda corta sus visiones, dijo que «la historia es nuestra y la hacen los pueblos».

Quizá ese sea el valor real de este libro, haber utilizado las herramientas de la narración para crear un vínculo emocional entre el lector y la historia de su país, para hacerla vivir en estas páginas. La literatura consigue eso, te pone en el lugar de otro y te hace sentir las balas y el olor a humo, el dolor y la venganza, las emociones de las que están hechos los eventos que nos construyen. Soy escritor, y desde

ahí veo el valor de estos capítulos. Un puente para investigar más en libros que profundizan sobre lo expuesto, para hacerse de criterio y para tener opinión propia.

La historia sigue ocurriendo, se repite, por eso es necesario conocerla y discutirla. La historia es política, se debate, está viva. Quizá de ahí extraigamos nuestros errores y aciertos para tomar decisiones. Porque solo si sabemos quiénes realmente fuimos sabremos quiénes somos, y solo así podremos decidir lo que queremos y lo que no para nuestro futuro.

En el libro anterior analizamos el simbolismo de nuestra bandera y en particular el de la estrella en su costado superior. Algo muy significativo se nos quedó en el tintero en aquella ocasión. La estrella de cinco puntas tiene otro significado más en el mundo de los símbolos: si la miran bien, es un ser humano con piernas y brazos extendidos, pleno, luminoso. Entonces, si lo pensamos, en la bandera que nos regalaron quienes fundaron este sueño, Chile, no hay un signo monetario o una bravata totémica, está la persona como centro escondido de nuestro relato histórico. Y quizá sea esa la verdadera *Historia secreta de Chile* por develar: que el *sendero inconcluso* que caminamos tiene por destino no la producción ni el crecimiento desatados, sino la plenitud de las personas, pero la de todas. Con esta idea en mente, qué distinta debería ser la historia que comencemos a escribir juntos, fraternalmente, de ahora en adelante.

SAN PEDRO DE LA PAZ, CONCEPCIÓN

ABRIL DE 2016

¿ES BERNARDO O'HIGGINS EL LIBERTADOR DE
CHILE?

¿Recuerdas cuando tenías diez años y te contaban la maravillosa historia de nuestra independencia, esa de hombres con pantalones muy ajustados montados a caballos siempre parados en dos patas? Esta narración no cambiaba mucho con los años; se repetía como un mantra en ciertas fechas y supuestamente debía hacerte sentir muy orgulloso de todos ellos, esos héroes que habían dado su vida por nuestro país. Era un relato más bien infantil, donde los buenos eran heroicos, épicos, y los malos, demonios que merecían ser derrotados para que triunfara la luz.

En nuestros libros y láminas de infancia, Bernardo O'Higgins no era ese hombre bajito y rechoncho, de rostro colorado y manos pequeñitas que describen las crónicas de la época, sino un «kriptoniano» fornido de 1,80 m, de rasgos marcados, mirada penetrante y cabello perfecto, siempre envuelto en ropajes que flameaban al viento como una ilustración de algún juego de PlayStation. Cuentos de hadas más cercanos a leyendas mitológicas que a la historia propiamente tal.

¿Cómo recordamos nuestra independencia y al libertador Bernardo O'Higgins?

El profesor te decía que el pueblo de Chile, cansado de la tiranía del Imperio español, creó el 18 de septiembre de 1810 una junta de hombres sabios y justos para autogobernar la nación. Que José Miguel Carrera junto a Bernardo O'Higgins organizaron el país en ejércitos llenos de encendidos y desinteresados patriotas para hacer frente a los

malditos españoles que llegaban por el mar para aplastar la rebelión. Que el joven Bernardo era una especie de Luke Skywalker enfrentándose a su padre, quien había sido virrey del Imperio. Que desgraciadamente fueron derrotados y que, después del Desastre de Rancagua en 1814, Bernardo O'Higgins tuvo que cruzar la cordillera de los Andes acompañado de sus fieles patriotas en busca de ayuda para continuar la lucha por la independencia de Chile (acá Carrera desaparece misteriosamente de todos los textos de estudio). También supimos que José de San Martín, argentino y gobernador de Mendoza, escuchó a nuestro padre de la patria y le ayudó a preparar un ejército libertador —nunca te decían por quiénes estaba integrado— con el que posteriormente cruzó la cordillera de vuelta, derrotó primero al ejército español en Chacabuco, luego tomó Santiago —donde O'Higgins fue nombrado Director Supremo— y después de una campaña nebulosa que nadie recuerda muy bien, terminó venciendo a los imperialistas definitivamente en la Batalla de Maipú con un ejército parece que chileno, comandado por varios personajes, entre ellos el mismo San Martín. El evento es rematado por la infaltable imagen del abrazo de Maipú entre el héroe argentino y nuestro libertador —herido y triunfante— en pleno campo de batalla. Luego vendrían los cuadros con su figura imponente, los monumentos al padre de la patria, la Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins, los actos públicos, los niños vestidos de soldados y la veneración nacional.

Quizás el mismo profesor también te enseñó que la Patria Vieja —ese período que se inaugura con la Primera Junta Nacional de Gobierno— fue una especie de *primer tiempo* y que, después del descanso en camarines, en

Mendoza, lo dimos vuelta heroicamente en el *segundo tiempo*. Como si fuera el mismo proceso, el mismo partido.

La verdad es que este cuento con el que nos criaron es técnicamente falso. O a lo menos tergiversa, omite y, en ciertos aspectos muy relevantes, falta enormemente a la verdad.

Algo que ya casi todos saben es que la Primera Junta de Gobierno, eso que celebramos cada 18 de septiembre, NO ES nuestra independencia. Napoleón había invadido España y, ante el vacío de poder, las colonias —que no estaban dispuestas a aceptar un reinado invasor— formaron *juntas de gobierno* para cuidarle sus intereses al monarca. Tanto así, que nuestra junta, la del 18 de septiembre de 1810, terminó con un sonoro «¡Viva el rey!». Lo que tampoco te explicaron es que hubo dos proyectos independentistas posteriores a eso. El *chileno*, encabezado por Carrera y apoyado por O'Higgins, que fracasó en Rancagua y se desbandó, y el *argentino*, liderado por San Martín, al que O'Higgins se unió luego de huir a Mendoza tras el Desastre de Rancagua, y que no tenía NADA que ver con el anterior. El segundo era un proceso latinoamericanista organizado por una logia de corte masónico financiada desde Inglaterra: la Logia Lautaro, que de hecho vio en Carrera y su proceso nacional un estorbo. Por cierto, la Logia lo persiguió y terminó fusilando a sus hermanos primero y cazando al propio José Miguel después hasta fusilarlo, también en circunstancias muy indecorosas. Incluso hay una versión que dice que le cortaron la cabeza y las manos para enviarlas después de regalo a distintos oficiales trasandinos. El propio O'Higgins envió dinero desde Chile para recompensar a los involucrados en el asesinato del prócer nacional e incluir, en el mis-